

Lectura contemplativa del Catecismo de la Iglesia Católica (4)

El conocimiento de Dios

La posibilidad del conocimiento racional de Dios

Las vías de ese conocimiento racional

Las evidencias

La existencia de Dios

El coche en el garaje

El hombre

La admiración

Una vía negativa: la ayuda de la muerte

El problema del mal

El problema del bien

Las dificultades del conocimiento racional de Dios y la necesidad de la revelación

Vamos a comentar a la vez los dos apartados del Catecismo que se refieren al conocimiento de Dios y que abarcan los números 31-38 y que se titulan:

II. Las vías de acceso al conocimiento de Dios

III El conocimiento de Dios según la Iglesia

Nos vamos a permitir la libertad de presentarlos y comentarlos en otro orden para intentar facilitar su comprensión y la relación que hay entre ellos:

1º. La posibilidad del conocimiento racional de Dios.

2º. Las vías de ese conocimiento racional.

3º. Las dificultades del conocimiento racional de Dios y la necesidad de la revelación.

La posibilidad del conocimiento racional de Dios

36 «La Santa Madre Iglesia, mantiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas» (Concilio Vaticano I, Const. dogm. *Dei Filius*, c.2: DS 3004; cf. *Ibíd.*, *De revelatione*, canon 2: DS 3026; Concilio Vaticano II, DV 6). Sin esta capacidad, el hombre no podría acoger la revelación de Dios. El hombre tiene esta capacidad porque ha sido creado «a imagen de Dios» (cf. Gn 1,27).

47 La Iglesia enseña que el Dios único y verdadero, nuestro Creador y Señor, puede ser conocido con certeza por sus obras, gracias a la luz natural de la razón humana (cf. Concilio Vaticano I: DS 3026).

31 Creado a imagen de Dios, llamado a conocer y amar a Dios, el hombre que busca a Dios descubre ciertas «vías» para acceder al conocimiento de Dios...

Hay que empezar recordando que «el hombre ha sido creado por Dios y para Dios... es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento» (n. 27), y está «llamado a conocer y amar a Dios» (n. 31), y tiene la capacidad de conocerlo «porque ha sido creado “a imagen de Dios” (cf. Gn 1,27)» (n. 36). El hombre, creado a imagen de Dios y, por tanto, capaz de conocer la verdad, ha sido hecho capaz de conocer a Dios, para que así pueda entrar en diálogo con Dios y amarlo. Sin ese conocimiento de Dios, el hombre sería una criatura que manifestaría la gloria de Dios, pero de modo inconsciente y no podría hablar con Dios y amarlo de una forma personal. Podemos decir que la capacidad de conocer a Dios es el presupuesto necesario (la «condición de posibilidad» dirían los filósofos) para que el hombre pueda cumplir el fin para

el que ha sido creado, que es entrar en comunión con Dios. Tengamos en cuenta que sin conocimiento de Dios no hay diálogo, ni amor, ni siquiera capacidad de acoger la revelación de Dios. Por tanto no se puede despreciar el conocimiento de Dios, incluso el que se puede alcanzar por medio de la razón, como si no nos hiciese falta para amar a Dios. Y, al contrario, no puede valorarse el conocimiento de Dios de forma absoluta, como si no estuviera en función de entrar en diálogo con él, amarlo y unirnos a él.

Es de vital importancia la afirmación del n. 36, tomada del Concilio Vaticano I y repetida por el Concilio Vaticano II: «Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas»[\[1\]](#). Dios no es sólo accesible por la revelación y la fe, también la razón humana puede conocer la existencia de Dios como principio y fin de todas las cosas. Es cierto que la revelación de Dios nos da un conocimiento de Dios más detallado e íntimo, que no puede alcanzarse por medio de la razón. Pero no podemos decir que por medio de la razón no podamos llegar al conocimiento de la existencia de Dios como principio y fin de todas las cosas, un Dios creador y bueno, que está en el origen de todo lo que existe y es el fin al que todo tiende. Negar esta posibilidad supone negar que los hombres de buena voluntad y recto conocimiento que no han recibido la revelación puedan conocer a Dios. Negar esta posibilidad implica establecer un abismo entre lo que el hombre conoce por la razón y lo que puede conocer por la fe, estableciendo una división entre razón y fe que nada tiene que ver con la doctrina católica. No es buena, ni católica, la postura del que desconfiando de la capacidad de la razón humana, huye de la ciencia y de la filosofía como contrarias o peligrosas para la fe[\[2\]](#).

En este sentido es muy útil recordar algunas de las reflexiones de Juan Pablo II en su encíclica sobre la fe y la razón que empieza así:

La fe y la razón (*Fides et ratio*) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo.

. . .

En el Primer Concilio Vaticano, los Padres habían puesto en evidencia el carácter sobrenatural de la revelación de Dios. La crítica racionalista, que en aquel período atacaba la fe sobre la base de tesis erróneas y muy difundidas, consistía en negar todo conocimiento que no fuese fruto de las capacidades naturales de la razón. Este hecho obligó al Concilio a sostener con fuerza que, además del conocimiento propio de la razón humana, capaz por su naturaleza de llegar hasta el Creador, existe un conocimiento que es peculiar de la fe. Este conocimiento expresa una verdad que se basa en el hecho mismo de que Dios se revela, y es una verdad muy cierta porque Dios ni engaña ni quiere engañar. El Concilio Vaticano I enseña, pues, que la verdad alcanzada a través de la reflexión filosófica y la verdad que proviene de la Revelación no se confunden, ni una hace superflua la otra: «Hay un doble orden de conocimiento, distinto no sólo por su principio, sino también por su objeto; por su principio, primeramente, porque en uno conocemos por razón natural, y en otro por fe divina; por su objeto también porque aparte aquellas cosas que la razón natural puede alcanzar, se nos proponen para creer misterios escondidos en Dios de los que, a no haber sido divinamente revelados, no se pudiera tener noticia» (*Fides et ratio*, 8-9).

La posibilidad de este conocimiento racional de Dios es muy importante para la Iglesia porque le permite el diálogo con el mundo en el terreno de la razón, lo que Juan Pablo II llama la «diaconía de la verdad» (*Fides et ratio*, 2), y porque cree que la verdad es una, aunque se llegue a ella por caminos diferentes:

Esta verdad, que Dios nos revela en Jesucristo, no está en contraste con las verdades que se alcanzan filosofando. Más bien los dos órdenes de conocimiento conducen a la verdad en su plenitud. La unidad de la verdad es ya un postulado fundamental de la razón humana, expresado en el principio de no contradicción. La Revelación da la certeza de esta unidad, mostrando que el Dios creador es también el Dios de la historia de la salvación. El mismo e idéntico Dios,

que fundamenta y garantiza que sea inteligible y racional el orden natural de las cosas sobre las que se apoyan los científicos confiados, es el mismo que se revela como Padre de nuestro Señor Jesucristo (*Fides et ratio*, 34).

Aunque el *Catecismo* los cita más adelante, este convencimiento de la Iglesia está basado en dos textos clave de la Palabra de Dios. Uno del Antiguo Testamento y otro del Nuevo[3]:

Son necios por naturaleza todos los hombres que han ignorado a Dios y no han sido capaces de conocer al que es a partir de los bienes visibles, ni de reconocer al artífice fijándose en sus obras, sino que tuvieron por dioses al fuego, al viento, al aire ligero, a la bóveda estrellada, al agua impetuosa y a los luceros del cielo, regidores del mundo. Si, cautivados por su hermosura, los creyeron dioses, sepan cuánto los aventaja su Señor, pues los creó el mismo autor de la belleza. Y si los asombró su poder y energía, calculen cuánto más poderoso es quien los hizo, pues por la grandeza y hermosura de las criaturas se descubre por analogía a su creador. Con todo, estos merecen un reproche menor, pues a lo mejor andan extraviados, buscando a Dios y queriéndolo encontrar. Dan vueltas a sus obras, las investigan y quedan seducidos por su apariencia, porque es hermoso lo que ven. Pero ni siquiera estos son excusables, porque, si fueron capaces de saber tanto que pudieron escudriñar el universo, ¿cómo no encontraron antes a su Señor? (Sab 13,1-9).

Los hombres que han ignorado a Dios son culpables porque pueden conocerlo a través de los bienes visibles. Por ese camino podrían conocer a Dios como «artífice de sus obras» y «autor de la belleza». A través de la grandeza y belleza de las criaturas se puede captar por semejanza («analogía») la grandeza y belleza del que las ha creado. De modo que, en la medida que somos más capaces de escudriñar el universo, podemos encontrar mejor a Dios.

. . .

Porque lo que de Dios puede conocerse les resulta manifiesto, pues Dios mismo se lo manifestó. Pues lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras (Rm 1,19-20).

Cuando san Pablo explica que todos los hombres estaban encerrados en el pecado, se refiere a los gentiles, los que no han recibido la revelación de Dios, y dice que son culpables porque «no lo glorificaron como Dios ni le dieron gracias» (Rm 1,21). Y son culpables porque podían haberlo conocido. Dios es invisible, pero a partir de las obras de la creación se puede conocer a Dios y su poder. De este modo puede afirmar que también a ellos se les manifestó. A éstos (y a todos) por medio de esta revelación que podemos llamar natural, y a los judíos (y luego por medio de Jesucristo) por medio de la revelación sobrenatural^[4].

Esta capacidad del hombre creado por Dios, y este camino del conocimiento a través de las criaturas es lo que abre las vías del conocimiento racional de Dios.

Las vías de ese conocimiento racional

31 Creado a imagen de Dios, llamado a conocer y amar a Dios, el hombre que busca a Dios descubre ciertas «vías» para acceder al conocimiento de Dios. Se las llama también «pruebas de la existencia de Dios», no en el sentido de las pruebas propias de las ciencias naturales, sino en el sentido de «argumentos convergentes y convincentes que permiten llegar a verdaderas certezas. Estas «vías» para acercarse a Dios tienen como punto de partida la creación: el mundo material y la persona humana.

El *Catecismo* subraya que estas vías o pruebas de la existencia de Dios no son de orden científico, no se trata de probar la existencia de Dios por medio de los métodos de las ciencias experimentales: Dios no cabe en un experimento y no puede ser medido por ningún aparato. Para el que sólo cree que existe lo que puede ser demostrado de este modo, la existencia de Dios es imposible, pero también muchas otras realidades de la vida

humana. Tenemos que tener claro que Dios no está al alcance del método experimental, porque si lo estuviera no sería Dios.

Cuando hablamos de pruebas de la existencia de Dios nos referimos a razonamientos de tipo filosófico, que son capaces de llevarnos a certezas. En nuestro tiempo es necesario recordar que hay una fuente de saber cierto que se basa en el razonamiento filosófico y que nos ofrece certezas más allá del método científico; algunas de ellas que son necesarias para el mismo método experimental.

Hay que evitar «la desconfianza en la razón que manifiesta gran parte de la filosofía contemporánea, abandonando ampliamente la búsqueda metafísica sobre las preguntas últimas del hombre» (*Fides et ratio*, 61), el cientifismo «que no admite como válidas otras formas de conocimiento que no sean las propias de las ciencias positivas, relegando al ámbito de la mera imaginación tanto el conocimiento religioso y teológico, como el saber ético y estético» (*Fides et ratio*, 88), y el nihilismo «que rechaza todo fundamento a la vez que niega toda verdad objetiva..., niega la humanidad del hombre y su misma identidad» (*Fides et ratio*, 90). Por el contrario, hay que afirmar que:

La capacidad especulativa, que es propia de la inteligencia humana, lleva a elaborar, a través de la actividad filosófica, una forma de pensamiento riguroso y a construir así, con la coherencia lógica de las afirmaciones y el carácter orgánico de los contenidos, un saber sistemático [...] En este sentido es posible reconocer, a pesar del cambio de los tiempos y de los progresos del saber, un núcleo de conocimientos filosóficos cuya presencia es constante en la historia del pensamiento. Piénsese, por ejemplo, en los principios de no contradicción, de finalidad, de causalidad, como también en la concepción de la persona como sujeto libre e inteligente y en su capacidad de conocer a Dios, la verdad y el bien; piénsese, además, en algunas normas morales fundamentales que son comúnmente aceptadas (*Fides et ratio*, 4).

Estas vías parten de la realidad que experimentamos, tanto del mundo en el que vivimos como de la misma existencia del hombre.

32 *El mundo:* A partir del movimiento y del devenir, de la contingencia, del orden y de la belleza del mundo se puede conocer a Dios como origen y fin del universo. S. Pablo afirma refiriéndose a los paganos: «Lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad» (Rm 1, 19-20; cf. Hch 14,15.17; 17, 27-28; Sb 13, 1-9). Y S. Agustín: «Interroga a la belleza de la tierra, interroga a la belleza del mar, interroga a la belleza del aire que se dilata y se difunde, interroga a la belleza del cielo... interroga a todas estas realidades. Todas te responden: Ve, nosotras somos bellas. Su belleza es una profesión (*confessio*). Estas bellezas sujetas a cambio, ¿quién las ha hecho sino la Suma Belleza (*Pulcher*), no sujeto a cambio?» (*Sermo* 241, 2: PL 38, 1134).

Partiendo de la realidad de lo que existe (la tierra y el universo, lo grande y lo pequeño) nos preguntamos por el origen y el sentido de todo lo que vemos: la realidad material, el movimiento, la belleza, el orden, las leyes de la naturaleza..., y encontramos que todo eso tiene que tener una causa, un principio, un creador inteligente que ha puesto en marcha todo este mecanismo. Nos parece absurdo que el paso de la nada al ser sea pura casualidad y que sea el azar ciego el que gobierna toda la realidad. El principio de causalidad («todo efecto tiene una causa») nos lleva a la afirmación de una primera causa de todo y que, a su vez, encuentra su causa en sí misma. Salvo que pensemos que la materia ciega puede crearse a sí misma o que es eterna, es más lógico creer que ese principio sin principio, que es causa de todo, es Dios.

33 *El hombre:* Con su apertura a la verdad y a la belleza, con su sentido del bien moral, con su libertad y la voz de su conciencia, con su aspiración al infinito y a la dicha, el hombre se interroga sobre la existencia de Dios. En todo

esto se perciben signos de su alma espiritual. La «semilla de eternidad que lleva en sí, al ser irreductible a la sola materia» (GS 18,1; cf. 14,2), su alma no puede tener origen más que en Dios.

De una forma especial la realidad del hombre, con capacidad de conocer la verdad (como lo muestra la misma ciencia con la que escruta el universo), de amar, de captar y crear la belleza, de conocer el bien y el mal, de perdonar y entregarse, de buscar y encontrar el sentido y el porqué de las cosas, nos habla de algo que va más allá de lo material y de la casualidad y que no puede explicarse sólo por leyes físicas, químicas o biológicas. El ser personal, consciente, libre, capaz de amar y de juzgar entre el bien y el mal, tiene que tener una causa «proporcionada» que tiene que ser más libre, consciente y personal. Salvo que pensemos que lo espiritual se puede reducir a lo material, tenemos que buscar la causa de lo que el hombre es en un ser superior creador del hombre, en Dios.

34 El mundo y el hombre atestiguan que no tienen en ellos mismos ni su primer principio ni su fin último, sino que participan de Aquel que es el Ser en sí, sin origen y sin fin. Así, por estas diversas «vías», el hombre puede acceder al conocimiento de la existencia de una realidad que es la causa primera y el fin último de todo, «y que todos llaman Dios» (S. Tomás de Aquino, S. Th. 1, q. 2 a. 3, c).

Merece la pena reproducir aquí, al menos en parte, el razonamiento de santo Tomás en la cuestión segunda de la primera parte de la *Suma Teológica*:

Antes de desarrollar las pruebas de la existencia de Dios en el artículo 3, santo Tomás aborda dos cuestiones previas importantes:

1. Si la existencia de Dios es evidente para los hombres. Y responde: «para nosotros no es evidente, sino que necesitamos

demostrarlo a través de aquello que es más evidente para nosotros». Por lo tanto, estas «demostraciones» son necesarias.

2. Si la existencia de Dios es demostrable. Y responde que algo se puede demostrar por la causa o por el efecto, y, en este caso «el efecto se nos muestra como más evidente que la causa, y por el efecto llegamos a conocer la causa... Por cualquier efecto puede ser demostrada su causa (siempre que los efectos de la causa se nos presenten como más evidentes): porque, como quiera que los efectos dependen de la causa, dado el efecto, necesariamente antes se ha dado la causa. De donde se deduce que la existencia de Dios, aun cuando en sí misma no se nos presenta como evidente, en cambio sí es demostrable por los efectos con que nos encontramos».

A continuación, aplicando estos principios, parte de cinco realidades distintas para llegar a la causa primera de ellas: Dios.

1. El movimiento: «Todo lo que se mueve necesita ser movido por otro. Pero si lo que es movido por otro se mueve, necesita ser movido por otro, y éste por otro. Este proceder no se puede llevar indefinidamente... Por lo tanto, es necesario llegar a aquel primer motor al que nadie mueve. En éste, todos reconocen a Dios».

2. La causa eficiente: «en el mundo sensible hay un orden de causas eficientes... En las causas eficientes no es posible proceder indefinidamente porque en todas las causas eficientes hay orden: la primera es causa de la intermedia; y ésta, sea una o múltiple, lo es de la última. Puesto que si se quita la causa, desaparece el efecto, si en el orden de las causas eficientes no existiera la primera no se daría tampoco ni la última ni la intermedia... Por lo tanto es necesario admitir una causa eficiente primera. Todos la llaman Dios.

3. Lo posible y lo necesario: «Encontramos que las cosas pueden existir o no existir... Es imposible que las cosas sometidas a tal posibilidad existan siempre, pues lo que lleva en sí mismo la posibilidad de no existir, en un tiempo no existió... Luego no todos los seres son sólo posibilidad; sino que es

preciso algún ser necesario... Es preciso admitir algo que sea absolutamente necesario, cuya causa de su necesidad no esté en otro, sino que él sea la causa de la necesidad de los demás. Todos le dicen Dios»

4. La jerarquía de valores que encontramos en las cosas: «Pues nos encontramos que la bondad, la veracidad, la nobleza y otros valores se dan en las cosas. En unas más y en otras menos. Pero este *más* y este *menos* se dice de las cosas en cuanto se aproximan *más* o *menos* a lo máximo... Hay algo, por tanto, que es muy veraz, muy bueno, muy noble; y en consecuencia es el máximo ser... Hay algo que en todos los seres es causa de su existir, de su bondad, de cualquier otra perfección. Le llamamos Dios».

5. El ordenamiento de las cosas: «Hay cosas que no tienen conocimiento. Como son los cuerpos naturales, y que obran por un fin... Las cosas que no tienen conocimiento no tienden al fin sin ser dirigidas por alguien con conocimiento e inteligencia, como la flecha por el arquero. Por lo tanto, hay alguien inteligente por el que todas las cosas son dirigidas al fin. Le llamamos Dios».

En definitiva, para las «cinco vías», afirmar que «Dios existe» significa que en el contexto de nuestra experiencia entra como supuesto necesario un principio eficiente, absoluto, transcendental al mundo y personal [\[5\]](#).

En un lenguaje más moderno y directo, Molinié, discípulo de santo Tomás, explicaba a los jóvenes las pruebas de la existencia de Dios:

Las evidencias

El núcleo de la Revelación no es la existencia de Dios, sino el ofrecimiento de su intimidad. Esta oferta supone, en efecto, cierta idea de Dios, un tanto burda, sin duda, y que la fe deberá purificar, pero que sirve de base natural a la Revelación: antes de que Yahvé le dirigiera la palabra, Abrahán tenía una religión y por consiguiente una idea confusa de Aquel que un día comenzó el diálogo con estas célebres palabras: «Deja tu patria». Por eso intento ofrecer una idea de Dios que no dependa de la fe, porque es fundamental para vuestra

misma fe. Estaréis tentados un día -si no lo estáis ya- de ver en ella una apuesta, una elección que no será evidente. Por eso quisiera proponeros certezas que no se derrumben fácilmente, aunque abandonéis la fe... y que os ayudarán a volverla a encontrar. Os avisaré cuando recurra a la Revelación, pero de momento recurriré sólo a la rectitud de vuestra inteligencia.

Cuando entré en la vida religiosa, hice los estudios filosóficos y teológicos bajo la dirección de la Iglesia: ellos me fueron restituyendo progresivamente las evidencias naturales que había perdido. Cada seis meses aproximadamente, laboriosamente, una luz desgarraba la tiniebla: estas evidencias las he conservado siempre... y no podría perderlas fácilmente. Podría perder la fe en un momento, si no fuera fiel a una determinada actitud. Pero estas evidencias no podría perderlas enseguida; haría falta tiempo para recaer en la descomposición de la inteligencia.

Las evidencias más preciosas no tienen un acceso fácil; hay que rezar mucho y, naturalmente, reflexionar mucho (pero en un clima de oración) para recibirlas. A medida que encontréis o volváis a encontrar estas evidencias, serán como perlas; las guardaréis en vuestro corazón y no podréis perderlas fácilmente.

La noción de Dios no está ligada al conocimiento de Jesucristo. Puedo hablar de Alá con un musulmán sin que nuestro diálogo sea un diálogo de sordos. Incluso es muy probable que su idea de Dios sea más pura que la de los cristianos de Occidente contaminados por la duda y el materialismo.

Nos dedicaremos, pues, al sentido universal de la palabra Dios, más allá de todas las culturas. ¿Quién nos descubre este significado universal? Por un lado, la luz de la inteligencia o de la razón; por otra parte, «el espejo de la naturaleza», como se decía en el Edad Media siguiendo a san Pablo. El espectáculo del universo nos ofrece un reflejo de las perfecciones divinas; en nosotros está saber descifrarlo.

Desgraciadamente la inteligencia en Occidente está enferma. La cultura en la que estamos sumergidos mata en muchos toda esperanza de encontrar a un maestro de sabiduría. El cartesianismo, ese cuello de botella, da la impresión de ser vasto y liberal, pero es el liberalismo de un hombre perdido en un bosque porque ha dado la espalda al buen camino. Liberarse de este cuello de botella debería ser fácil, pero, de hecho, es muy difícil a causa de la presión de esta cultura sobre nuestra mente. La salud es una cosa simple para los que

están sanos; para los enfermos, que somos nosotros, la salud de la inteligencia es un paraíso perdido.

Pero los esfuerzos que hay que hacer no son proezas y, aún menos, acrobacias; son, por el contrario, esfuerzos para liberarnos de las acrobacias malsanas de la inteligencia. Por eso hay que aprender a pensar independientemente de las ciencias. La ciencia es algo bueno en su orden, igual que las máquinas son buenas en una fábrica; pero si utilizáis una fresadora para hacer mayonesa, la haréis peor que con una cuchara. Es exactamente lo que ocurre cuando queremos hacer filosofía con una mentalidad científica: la mayonesa no liga, la evidencia no aparece.

Hay una noción-clave: la del Creador y, a la vez, la de la criatura. Es una noción-clave porque nos entrega la definición de Dios, al menos su definición religiosa: Aquel o aquellos a quien todas las religiones dirigen un culto.

Sin embargo, a primera vista no es evidente que estas dos nociones se relacionen: la de Creador y la de objeto de adoración. Puede adorarse cualquier cosa, desde las criaturas que llamamos «adorables» o incluso los demonios. Pero la verdadera religión adora al Creador «que hizo el cielo y la tierra».

¿Qué significa esto? Lo descubrimos mirando el universo de cierta manera, que no es en absoluto la mirada de los sabios, aunque tampoco la contradiga. La gran diferencia entre estas dos visiones del mundo es que la mirada filosófica es extremadamente simplista en apariencia..., y esta sencillez aparente constituye precisamente su dificultad. Cuando lo descubrimos, sentimos exactamente lo que los hindúes llaman una iluminación: hemos franqueado un umbral, hemos encontrado algo simple, pero que no sabíamos ver (Molinié, *Adoración o desesperación*, n. 13)[6].

La existencia de Dios

Vamos a abordar rápidamente el primer punto del plan: la existencia y la naturaleza de Dios. La mayoría de los hombres creen en la existencia de Dios. Esta creencia -o más bien esta percepción- es, en efecto, natural. Supone una gran ceguera haberla perdido: esta ceguera es, sin embargo, la norma en Occidente hoy. En los cristianos, la fe puede suplir esa creencia natural, pero no les dispensa de intentar encontrarla: por el contrario, debería empujarles a hacerlo bajo el cayado de la Iglesia.

Esta evidencia puede presentarse bajo dos formas: la de los pastores que tienen el corazón puro, y la de los Magos, que también tienen el corazón puro (sólo los corazones puros «ven a Dios»), pero con una cultura y unos instrumentos intelectuales que les hacen capaces de llegar a la demostración de la existencia de Dios.

Esta demostración depende de la admiración ante el esplendor del mundo: no sólo el esplendor poético, sino también del esplendor intelectual de esta obra genial que desafía a nuestra inteligencia. La demostración entonces llega a ser tan clara que apenas parece una demostración; sin embargo lo es, porque no tenemos la evidencia directa de la existencia de Dios. Tenemos la evidencia de su obra y desde la obra nos remontamos al Autor de esta obra.

No hay nada que oponer a tal demostración, y nunca se le ha opuesto nada; lo que se ataca es la base, a saber: que la obra es tan bella, tan profunda y tan misteriosa, que suponga un Autor digno de ella.

Se objetará, por ejemplo, que el universo puede ser el fruto del azar. Si es el fruto del azar, el universo no es genial en sí, es genial para nosotros; dicho de otra manera, somos nosotros los que ponemos la genialidad y, sin nosotros, el mundo no sería maravilloso. Vayamos más lejos. Nosotros mismos, que hablamos de genialidad, no la tenemos: esta noción no tiene ningún valor objetivo, ni para el mundo, ni para nosotros. Y bien, si al final de esa ceguera no nos suicidamos, evidentemente es por casualidad, en virtud de un instinto de conservación que se debe él mismo también al azar y estrictamente no tiene ningún sentido.

De hecho, para evitar la ruina que acabo de evocar, es necesario y suficiente evitar el orgullo, especialmente el orgullo de los intelectuales. El demonio es un profesor; es por lo que a los Magos les resulta más difícil que a los pastores guardar el corazón puro. A lo largo de la guerra de 1939-1945, uno de mis amigos rumano encontró a un pastor que no sabía que había guerra, y que incluso desconocía a Hitler y Mussolini. «¿Y a Jesucristo?» No, tampoco conocía a Jesucristo. «¿Y a Dios?» Entonces un resplandor visitó su mirada, contestó: «¡Ah sí... es el que lo ha hecho todo!».

Buena definición de Dios, «que hizo el cielo y la tierra». Es muy simple, pero para los Magos es otra historia. Santo Tomás presenta cinco puntos de partida posibles para la demostración de su existencia; Frossard nos dice que los comunistas han elaborado doce

pruebas de su no existencia. Hay varias clases de demostración: de la que yo hablo aquí es tan rigurosa como una demostración matemática, pero recurre a otro rigor, más profundo y más difícil que el de las matemáticas. Para comprender el rigor de las matemáticas no se necesita un corazón puro; para comprender el rigor de la metafísica hace falta un espíritu cándido, limpio de prejuicios y de sospechas por medio de una enseñanza correcta, pero también limpio por medio de la oración.

La fe puede suplir la evidencia de este rigor, pero no es normal y no es sano. La Revelación requiere, y la Iglesia desea, que tengamos la evidencia de los pastores o la de los Magos. Cuando tenemos esta evidencia, es mucho más fácil hablar con fuerza del objeto preciso de la Revelación (Molinié, *Adoración o desesperación*, n. 12) [\[7\]](#).

El coche en el garaje

Si os dormís una noche en vuestro garaje con las piezas de un coche sueltas y desordenadas, y a la mañana siguiente os despertáis delante de un coche con el motor en marcha, sufriréis un impacto: no hay una pieza más que la víspera y, sin embargo, sufriréis un impacto. Pues este impacto es precisamente lo que es simple; no es necesario hacer estudios para recibirlo. Si un amigo descubre lo mismo que vosotros y no sufre este impacto, si toma un aire de superioridad: «¡Qué! ¿Qué es lo que te asombra en eso?...», sospecharéis que os esconde una explicación secreta (el «truco» de los ilusionistas) o que es completamente estúpido. Ante una situación parecida, la inteligencia busca una explicación; cuanto más grande es la inteligencia, también más grande es el asombro.

En el caso que acabo de mencionar, la explicación más verosímil es que os han querido dar una sorpresa. Pero importa poco la explicación; lo que cuenta es que hace falta una explicación. Y, en consecuencia, yo generalizo: el hombre inteligente es el que busca explicaciones; el insensato (en el sentido bíblico) es el que no busca ninguna. Tomemos como ejemplo la vida. Si no sois demasiado exigentes, os darán toneladas de explicaciones sobre el funcionamiento de la vida. Estas explicaciones no son falsas, pero afirmo que no explican nada porque no van hasta el final. Esto es evidente para el que reflexiona de verdad. Sólo que las posibilidades de tratar con alguien que reflexiona de verdad son cada vez más pequeñas, y siempre pueden esperar librarse de ello con explicaciones que realmente no lo son. Si tenéis el mal gusto de insistir, porque

reclamáis una explicación última, entonces para que os quedéis en paz se os ofrecerá el «azar», que tiene exactamente la virtud adormecedora del opio...; en todo caso, muy adormecedora para vuestra inteligencia, a la que esperan tranquilizar con esa palabra.

Volviendo al ejemplo caricaturesco del coche en el garaje: es como si, ante vuestra petición de explicación, os contestaran describiendo el funcionamiento de un coche. No os dejéis adormecer, decid obstinadamente: «Ha habido alguien, yo quiero saber quien...»; como el policía sagaz que no se deja engañar hasta que ha encontrado al culpable. Eso es lo que yo llamo saber lo que queremos. El interés del culpable es, en cambio, adormecerlos con las explicaciones que no lo son y aturdiros con las palabras.

Vayamos más lejos y afinemos un poco más nuestro ejemplo. El inventor del primer automóvil no puede ser cualquiera: debe tener una inteligencia particularmente dotada, particularmente tenaz, y con esa especie de pasión que hace a los inventores. Esto es verdad en todos los campos, y acabamos de descubrir tres grandes evidencias cuyo alcance metafísico es incalculable:

1. Hay que saber asombrarse de lo que es asombroso, y buscar una explicación digna de este nombre;
2. En el caso del automóvil en el garaje, esta explicación sólo puede ser una intención inteligente;
3. En el caso de la invención de un automóvil, la inteligencia del inventor debe ser genial.

Si intentáis no perder estas tres evidencias al contemplar el universo, llegaréis enseguida a la idea de Dios. Y llegaréis todavía más a ella a partir de la ciencia: «Un poco de ciencia aleja de Dios, mucha vuelve a llevar a él». Los descubrimientos modernos nos desvelan que la complejidad del universo es un abismo vertiginoso, de modo que, comparados con él, los ordenadores son una carretilla. Concluid entonces: no sólo el azar no puede explicar la aparición de esta complejidad, sino que la inteligencia humana sería tan incapaz de concebirla, como el tonto del pueblo es incapaz de fabricar un avión.

La más humilde célula viviente desafía aún la investigación de los sabios. Dirán que no la desafiará siempre, pero ¿qué prueba eso? Si después de años de esfuerzos conseguimos concebir un descubrimiento, ¡qué gran mérito pues lo tenemos ante los ojos! Incluso el hombre no llega aún a comprender la célula; y su complejidad es superada infinitamente por el organismo de los

animales por un lado, y por el mundo vertiginoso de las partículas por otro. Sé que, aunque perdiera la fe, no perderé de hoy para mañana el impacto que experimento ante la profundidad inteligente de estas cosas. Sin embargo, este asombro puede apagarse; y esto sería la muerte de mi inteligencia. Es la primera aplicación, la más humilde, de la parábola de la lámpara que hay que conservar encendida (Molinié, *Adoración o desesperación*, n. 13)[\[8\]](#).

El hombre

Más allá de estos descubrimientos geniales, todavía hay uno que los sobrepasa a todos, y es el hombre: cada vez que vemos un hombre y lo que han podido hacer los hombres -tanto de bueno como de malo- tendríamos que quedarnos tan estupefactos como si viéramos hablar a las rosas. Pero estamos acostumbrados y no nos asombramos de nada: ésa es la muerte que nos acecha. Meditar es cultivar este estupor y esta admiración. Si la sal de vuestro asombro no se vuelve sosa, la existencia de Dios resplandecerá ante vuestros ojos. Dios es la inteligencia genial que ha inventado al hombre y al universo donde vive (Molinié, *Adoración o desesperación*, n. 13).

Ninguna realidad puede hablarnos tanto de Dios como el hombre. Porque, si las cosas son el espejo de Dios, el hombre ha sido creado a su imagen y semejanza. ¿Qué quiere decir exactamente eso? Que hay en el hombre algo divino que no se encuentra en otra parte, y que se llama conocimiento. La organización del universo supone una intención refleja. En la medida en que el hombre mismo es inteligente y capaz de tener una intención reflexiva, se parece más a Dios que a un animal, porque el animal no piensa, en el sentido profundo y espiritual de la palabra.

Desde la perspectiva evolucionista, el universo puede compararse con una inmensa fábrica de montaje; una fábrica que, a su vez, habría sido construida durante millones de años. Es como si dijéramos: «No hay necesidad de un inventor, la fábrica basta para explicar al automóvil». Pero esta explicación no es una explicación, pues la cadena de montaje hay que montarla. Y volvemos a caer ante el mismo problema agravado: la evolución que lleva hasta el hombre es un fenómeno más inteligente que el hombre. El universo aparece más hermoso, más sorprendente y más temible a la luz de la evolución porque ha sido fabricado para fabricar al hombre.

El hombre y el universo vistos por la ciencia deberían despertar una adoración más intensa que la de los paganos y la de los reyes magos.

La enfermedad de Occidente es que este mismo espectáculo consigue matar la adoración. A primera vista, el hombre es admirable; a la luz de la ciencia es más admirable todavía... y la ciencia no lo admira. El universo, cuya evolución conduce al hombre, es todavía más admirable; pero los sabios no lo admiran, porque ven en él el fruto «del azar y de la necesidad».

Para llegar a eso hay que haber naufragado. El espectáculo de este naufragio me agarra por la garganta y me resulta difícil hablar de otra cosa. Desde hace mucho me decía: «Si llegamos a eso, echar una piedra al mar o echar a su hijo, es la misma cosa». Y encontraba a los hombres ilógicos por no llegar a eso; pero llegan: es el aborto. Entonces dejo de estar furioso, y empiezo a tener miedo... (Molinié, *Adoración o desesperación*, n. 14)[\[9\]](#).

La admiración

La demostración de la existencia de Dios es tan simple que la dificultad no está en la demostración misma, sino en la intuición de partida. Esta intuición no se apoya en la existencia de Dios, sino en el esplendor de la creación que tenemos ante nuestros ojos. Es necesario que este esplendor nos produzca un impacto; sin ese impacto, ninguna demostración nos convencerá.

El álbum del padre Loew intenta provocar este impacto a partir de una fábrica: esta fábrica es algo inteligente, hay en ella un orden que no puede explicarse por la casualidad. Cuanto más comprendemos la ingeniosidad de un aparato y la complejidad de su montaje, más admiramos la inteligencia del inventor: los que no comprenden nada de mecánica admiran poco, y a fuerza de tonterías podrán preguntarse si hay realmente un inventor o si la máquina no es fruto de la casualidad. Toda la dificultad de la demostración de la existencia de Dios esta ahí: si sois ignorantes no miraréis el universo, creeréis ser espíritus superiores al no admirar nada de eso.

Es así como san Pablo y toda la Iglesia nos enseñan a descubrir a Dios mirando al mundo: «Las maravillas visibles del universo nos desvelan las perfecciones invisibles de Dios». Pero si las maravillas del universo no aparecen maravillosas, no hay demostración para curar esta ceguera.

Comprendemos entonces la frase de Pascal: «Un poco de ciencia aleja de Dios; mucha nos lleva a él». Si el funcionamiento del corazón es genial, qué decir del conjunto del cuerpo; si admiramos los inventos

humanos, ¿podemos encontrar «lógicos», sin más, los inventos de la naturaleza?

Sé que existe el problema del mal que corta el camino de la admiración a muchos espíritus y corazones. No se trata de esquivar este problema: solamente es necesario primero aprender a ser atormentado por el misterio del Bien. Esto se traduce en admirarse, pero con una admiración tan profunda que se convierte en un tormento.

[...] Muchos dicen: «Yo necesito pruebas». Estamos preocupados respecto a Dios, tenemos miedo de ser ingenuos. Este es también un fruto del mundo moderno: a fuerza de dejarnos engañar por los sofismas de las tinieblas, aprendemos a desconfiar de la luz y esta desconfianza se hace incurable. ¿Cómo probar que el cuerpo humano y la vida son maravillosos? ¿Cómo demostrar que la música de Bach es genial? Algunos tienen oídos para entender y otros no los tienen. Y sin embargo no es subjetivo: la música de Bach es realmente genial. Sólo que esto no se demuestra. La existencia de Dios se demuestra, pero a partir de algo que no se demuestra, a saber, que el mundo es hermoso...

La cultura occidental rechaza con fuerza esta intuición. Los modernos ponen su gloria en no maravillarse ni enternecerse ya; tienen miedo de esto como de la peor de las debilidades. Nuestra libertad debe ir contra corriente. Es duro guardar -o volver a encontrar- un corazón puro: «Si no os volvéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos», porque no entraréis ni siquiera en el reino de la Naturaleza. Pero si os volvéis como niños, toda la ciencia y la lógica que os hacen dudar de la existencia de Dios, por el contrario, alimentarán vuestro estupor y vuestra adoración... El sentido del misterio que, por ejemplo, Einstein tenía en el más alto grado.

Einstein murió con la angustia de haber entregado los secretos de la bomba atómica a unos dirigentes infantiles. Infantiles, pero endurecidos como viejos... Él había conservado su mirada de niño, se veía en su mirada. Él jugaba con la relatividad como un niño juega a la pelota. Él era de estos verdaderos sabios que son contemplativos, más sensibles al misterio que se les escapa que a las parcelas de verdad que arrancan al misterio. Nosotros vivimos en el corazón de un bosque, tenemos la impresión de que el bosque tiene un radio de tres kilómetros, lo que es mucho para los niños. El sabio se dice: «Voy a explorar estos tres kilómetros y trataré de saber lo que hay al final».

Recorre los tres kilómetros y cuando llega al final descubre que el bosque mide treinta kilómetros, que es mucho más misterioso e impenetrable de lo que suponían. Entonces vuelve y dice: «Mirad, yo sé lo que hay en estos tres kilómetros y os lo voy a explicar. Pero el fruto más importante del viaje es que no hay tres kilómetros de bosque, hay treinta. Y estos treinta son mucho más misteriosos para mí de lo que lo eran los tres kilómetros antes de mi partida». Entonces otro sabio toma el relevo apoyándose sobre los descubrimientos del primero y llega a recorrer un día los treinta kilómetros. Vuelve diciendo: «Estos son los resultados de mi viaje, son extraordinarios y apasionantes; pero lo más extraordinario y lo más apasionante es que no hay treinta kilómetros de bosque, hay tres mil...»

En el fondo, ésta es toda la historia de la física atómica. Se creyó en un principio que los átomos eran pequeñas bolas, después sistemas solares en miniatura, después un abismo...; sólo podemos ofrecer aproximaciones matemáticas muy complejas, y sin embargo muy básicas en relación con la realidad. Al final de esta larga carrera deberíamos decir más que nunca, como Einstein o Heisenberg: «Es demasiado genial: detrás de todo esto realmente hay una inteligencia que me supera».

Miremos el color del cielo, la música, las plantas, los hombres, las ciencias. Pero pidiendo que recibamos el impacto, el deslumbramiento o el aplastamiento, que hace ver estas cosas tal como son en el abismo de su esplendor. Cuando hemos recibido este impacto, la demostración de la existencia de Dios parece tan infantil como que dos y dos son cuatro.

Y la definición de Dios será: la inteligencia genial que ha creado este universo y lo gobierna (Molinié, *Adoración o desesperación*, n. 3)[10].

Una vía negativa: la ayuda de la muerte

Para ayudarnos a comprender esto antes de ser santos, Dios nos ofrece la muerte; la que Francisco de Asís llamaba «nuestra hermana muerte», precisamente porque ella nos enseña la verdad: «Todo pasa, todo se rompe, todo cansa...» Al mismo tiempo que a admirarnos ante el bien, el Espíritu Santo nos enseña a llorar ante la precariedad de los bienes. Teresa del Niño Jesús, que era una gran metafísica, comprendió eso en un instante, ¡ante una rebanada de pan con mermelada![36] Magnífica y sabrosa, y ¡estropeada dos horas

después! Eso basta a Teresa para comprender que todo pasa sobre la tierra.

Esta experiencia es tan importante como la de maravillarse; es su complemento indispensable, que debe ponernos ante una especie de escándalo; debe engendrar en nuestro corazón un sufrimiento y una pregunta, la de Job. La belleza ha desaparecido, el bien ha desaparecido, la vida ha desaparecido. Y, sin embargo, mi admiración no me ha engañado. Si todo eso desaparece, es que hay otra cosa, sin la cual no habría ni admiración ni escándalo. Entonces interviene una luz, una lucidez de la inteligencia que nos dice: «Aunque el amor es desgraciado y doloroso, es mejor vivir eso que vivir sin amor». Eso es una verdad, una certeza fría; no es una «pulsión», es la certeza de haber tocado algo eterno a través de un acontecimiento pasajero. La inteligencia comprende que todo lo que hay de decepcionante en el amor es debido a los límites del amor, no al amor mismo. Una vez visto eso sabemos que hace falta vivir para la Belleza, para el Ser, para la Vida, para la Verdad, para el Amor, pero Infinito: descubrimos a Dios y a sus perfecciones...

Este conocimiento de Dios es natural, aunque sea necesaria la fe para purificar nuestro corazón y curar nuestra mirada. Depende esencialmente del esfuerzo moral que mantiene el aceite de nuestra lámpara... esa pequeña luz frágil e infinitamente preciosa, vida de nuestra inteligencia y respiración de nuestro corazón (Molinié, *Adoración o desesperación*, n. 16)[\[11\]](#).

El problema del mal

Una inteligencia se esconde detrás de la evolución del universo: el «Dios escondido», como lo llamarán los judíos. Si descubrimos a Dios por este camino -que es el camino normal, el que hay que volver a encontrar si lo hemos perdido, el que no podemos ahorrarnos- enseguida nos encontramos con un problema terrible, tan terrible que puede hacer envidiable la ceguera de la que acabo de hablar. Porque, si no veis que el universo y el hombre son hermosos, que son el fruto de una intención divina... pues bien, sencillamente os ahorráis el problema del Mal. Veis que resulta interesante, que vuelve atractiva la pequeña lobotomía que el cartesianismo nos propone: si no hay nadie a quien echar la culpa, ¿de qué ansiedad os libráis!

Sí, ¡hace falta valor para preferir esta angustia a la eutanasia de la desesperación intelectual! Si miramos las cosas a la cara y, precisamente gracias a esta salud recibimos la evidencia de que el

Creador existe, entonces tropezamos de frente con el problema del desorden y el Mal. Si hay una inteligencia que gobierna el universo, ¿cómo explicar el océano de sufrimiento, de desdicha y de corrupción que nos inunda?

Mientras que, si todo sucede «por casualidad y por necesidad», ¿de qué escandalizarnos? Sería mejor asombrarse de que no sea peor. Pero si hay una inteligencia detrás, la abundancia del Mal puede hacernos temer que esta inteligencia sea un «genio malvado»... o incluso que no sea tan inteligente.

En una casa donde reina el desorden buscáis un responsable. Si lo encontráis, le pediréis explicaciones. Pero si no encontráis responsable, ¿a quién echarle la culpa? A nadie: no existe el problema del Mal. No existe tampoco el problema del Bien: no hay asombro, no hay tampoco nada de nada... y es entonces cuando Dostoyevski dice que sólo queda suicidarse. Esta falta de responsable es peor que todo, peor que el problema del Mal.

Otro ejemplo: ¿qué hay más horrible que un rostro humano desfigurado? Leía recientemente los recuerdos de una enfermera en Lourdes. Se encuentra un día con una mujer que empuja un cochecito. «¿Ha venido a Lourdes para rezar?» Responde un poco incómoda: «Sí... ¿sabe? Hay que rezar por mí, porque... ¡mire!» Descubre el cochecito y la enfermera ve un rostro desfigurado, solo tiene dos ojos enormes; el resto... es mejor no hablar de ello. Es lo que se llama un monstruo. Va a confiar este monstruo a la Virgen. En ese momento, la madre añade: «¿Sabe?, esto es sólo la mitad de mi calvario...», y descubre la otra mitad, donde se ve un segundo niño en el mismo estado. Todo comentario sería indecente. Sin embargo hay que admirar la fe de esta mujer que no se rebela y va a ofrecer sus dos hijos a la Virgen. ¿Pero cómo no comprender que se rebele y no quiera creer en Dios a causa de eso? (Molinié, *Adoración o desesperación*, n. 14)[\[12\]](#).

El problema del bien

Sin embargo, reflexionemos: el horror que esta historia provoca supone que el rostro humano es magnífico. Si no fuera tan hermoso, un rostro desfigurado no sería tan horrible (lo peor es la corrupción de los seres mejores). Pero ¿cómo sufrir esta corrupción, si se ha dejado de admirar y amar lo que ella corrompe? Creo también que muy a menudo nos endurecemos contra el esplendor para no sufrir la fealdad. Lo cierto es que, si nos hemos endurecido contra el

esplendor, hemos perdido el derecho de rebelarnos contra la fealdad..., y que, en ningún caso, el problema del Mal justifica el endurecimiento contra el Bien; porque si no amamos ya el Bien, tampoco podemos detestar el Mal.

Un animal monstruoso es menos horrible que un niño monstruoso. ¿Por qué? Porque el niño es infinitamente más hermoso que el animal. Si no estuviéramos endurecidos y hastiados, el horror de un rostro desfigurado nos trastornaría mucho más todavía, y nos daría la tentación de blasfemar con Job. Pero la hermosura de cada rostro humano nos trastornaría también de adoración; y, al final, este trastorno sería más profundo que la blasfemia. No tenemos, pues, derecho a sublevarnos contra el Mal si hemos dejado apagarse el impulso de amor que nos empuja hacia Dios a causa del Bien del que es autor. No es justo -es incluso estúpido- estar horrorizados por un rostro humano desfigurado sin estar en éxtasis ante de un rostro normal. La Iglesia, que no está hastiada, no cesa de dar gracias a causa de estos rostros preciosos.

Pensad en lo que sienten los padres el día en que su hijo anda por primera vez, habla *por primera vez*, sonrío por primera vez..., sobre todo si es un niño retrasado del que han dudado que alguna vez lograría hacerlo. Imaginad su alegría, tan fantástica en ciertos aspectos como la del mendigo curado por los Apóstoles, viendo que puede comprender lo que le dicen, pronunciar palabras, abrir los ojos a la luz del día. Sí, la primera vez estarán en una especie de éxtasis. ¿Por qué? Sencillamente porque es de justicia. Lo que no es tan justo, lo que es una decadencia, es no alegrarse tanto la segunda vez... y llegar a no sentir nada a fuerza de acostumbrarse. El universo no se merece eso, la vida no se merece eso, el hombre no se merece eso. Somos ingratos e hijos de papá. No sólo en el terreno social, donde es evidente que somos pudientes, sino sencillamente en el terreno de la salud. Olvidamos lo que un estoico encontraba tan maravilloso: el esplendor de la luz, el esplendor de la vista... y el esplendor de su armonía recíproca. Una vez más estamos hastiados, y ése es nuestro peor pecado. Sería mejor ser verdaderos rebeldes: ¡ay! si tú fueras caliente o frío...

Así pues, admito que planteéis el problema del Mal; incluso es vuestro deber: no tenéis derecho a permanecer indiferentes a semejante cuestión. Pero eso supone que aprendáis a amar, a asombraros del Bien y a admirar hasta la adoración al Autor del Bien.

Si no, no tenéis derecho de escandalizaros del mal (Molinié, *Adoración o desesperación*, n. 14)[13].

. . .

Para el contemplativo, esta forma de captar la huella de Dios en todo lo creado, en la belleza y especialmente en el hombre, no es sólo un fundamento racional de su fe en la existencia de Dios, sino un punto de partida importante para realizar una de sus misiones: «reconocer la huella de Dios» y a partir de ahí adorar al que es a la vez Creador y Amado.

Para él todo es don de Dios; y a la vez, todo es manifestación de su presencia. Nada ni nadie existe que pueda considerarse, en rigor, profano; todo es sagrado. Todos los acontecimientos, las circunstancias, los encuentros y los momentos transparentan la presencia de Dios y son signos de su bendición [...] El amor divino, que ha sido derramado en su corazón con el Espíritu Santo, le convierte además en un apasionado buscador de Dios, porque su vida no tiene otro sentido que descubrir a ese Dios que le ha amado hasta el extremo de entregarlo todo en el Hijo crucificado [...] E, igualmente, las personas, las circunstancias o los acontecimientos son otros tantos modos de presencia del Amado, que, detrás de todo, invita a la comunión de vida y amor con él. El contemplativo secular, enamorado del Amor, busca en todo la huella del Dios por quien suspira para poder adorarle en todo momento y circunstancia [...] El contemplativo, al reconocer a Dios presente en todo, es como si «rescatase» esa presencia para que se haga eficaz. Se trata de un ministerio, de una «acción»; no basta con que uno sea contemplativo, sino que tiene que actuar, rescatando esa presencia del Señor, para que se manifieste con toda su fuerza y eficacia sobrenatural (*Fundamentos*, VI,2,G: Reconocer la huella de Dios).

Es uno de los puntos de partida que propone san Ignacio para contemplar el amor de Dios, que nos lleva a amarle y a entregarnos a él:

El primer punto es traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí, y cuánto me ha dado de lo que tiene, y, como consecuencia, cómo el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede, según su ordenación divina; y

después reflexionar en mi interior, considerando lo que yo con mucha razón y justicia debo de mi parte ofrecer y dar a su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas, como quien ofrece con mucho afecto [...]:

El segundo, mirar cómo Dios habita en las criaturas: en los elementos dándoles el ser, en las plantas dándoles la vida vegetativa, en los animales la vida sensitiva, en los hombres dándoles también la vida racional, y así en mí dándome el ser, la vida, los sentidos y la inteligencia; asimismo habita en mí haciéndome templo, pues yo he sido creado a semejanza e imagen de su divina majestad [...]

El tercero, considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas sobre la faz de la tierra; esto es, se comporta como uno que está trabajando. Así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc., dándoles el ser, conservándoles la vida vegetativa y sensitiva, etc. (San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, 234-236).

Evidentemente el contemplativo descubre la presencia de Dios de forma más directa en su Palabra, en su acción en sí mismo y en el mundo, y especialmente en la Eucaristía, pero no deja de admirar, reconocer y agradecer su presencia en la creación que también le lleva a adorarle y a entregarse a él.

Por eso el contemplativo reconoce en esta vía de conocimiento de Dios:

a) Un don de Dios

El conocimiento de Dios por el mundo creado es ante todo un *don de Dios*. Todo es don en este conocimiento: Dios es el autor del mundo, de la naturaleza humana, de la luz que nos permite interpretar el mundo. Por la creación nuestro espíritu se eleva hacia Dios; y sin embargo, es más bien el que por la creación baja hasta nosotros. La iniciativa de esta manifestación viene de Dios... La demostración es nuestra, pero el signo que la provoca y permite, la luz que la autoriza, son de Dios [...]

b) Una forma de contemplar sus perfecciones

Este conocimiento es también *una cierta manifestación* del Dios desconocido. En efecto, el universo no sólo es una cosa, sino una *criatura*. Es una señal que indica su autor: no un signo artificial, convencional, sino natural, necesario, fundado en la relación objetiva

existente entre el creador y su criatura. Dios invita al hombre a descubrir sus perfecciones invisibles en las obras visibles de la creación, no con un decreto arbitrario, sino en virtud de una relación ontológica existente entre él y el mundo. Si Dios es el creador de todas las cosas, es imposible que no haya semejanza entre la criatura y el creador [...]

c) Una invitación a adorarle

Por último, la manifestación de Dios por la creación implica, por parte del hombre, la obligación de *obsequiarle religiosamente* por la glorificación y acción de gracias^[14].

Las dificultades del conocimiento racional de Dios y la necesidad de la revelación

35 Las facultades del hombre lo hacen capaz de conocer la existencia de un Dios personal. Pero para que el hombre pueda entrar en su intimidad, Dios ha querido revelarse al hombre y darle la gracia de poder acoger en la fe esa revelación en la fe. Sin embargo, las pruebas de la existencia de Dios pueden disponer a la fe y ayudar a ver que la fe no se opone a la razón humana.

Lo que el hombre puede conocer de Dios por medio de la razón (a través de las cosas creadas) es importante, pero muy limitado: esencialmente su existencia y algunas de sus cualidades: omnipotencia, bondad...

Pero para que podamos entrar en una relación personal con Dios, que nos lleve a la comunión con él, Dios ha querido revelarse personalmente y hacernos capaces de recibir esa revelación sobrenatural. Con la sola revelación natural no podríamos conocer la intimidad de Dios, ni entrar en diálogo con él. Para poder acoger esa revelación, no basta con la inteligencia, nos hace falta también la gracia.

Sin embargo la revelación sobrenatural no hace inútil o superflua la revelación natural, porque lo que conocemos de Dios

por la razón nos ayuda a dar el paso a la fe y nos hace ver que no hay oposición entre la razón y la fe. Por eso, el contemplativo, conoce y valora lo que puede conocer de Dios a través de la razón, como forma de acercarse a Dios, asentar su fe y ayudar a los demás hombres a acercarse a Dios.

37 Sin embargo, en las condiciones históricas en que se encuentra, el hombre experimenta muchas dificultades para conocer a Dios con la sola luz de su razón: «A pesar de que la razón humana, sencillamente hablando, pueda verdaderamente por sus fuerzas y su luz naturales, llegar a un conocimiento verdadero y cierto de un Dios personal, que protege y gobierna el mundo por su providencia, así como de una ley natural puesta por el Creador en nuestras almas, sin embargo hay muchos obstáculos que impiden a esta misma razón usar eficazmente y con fruto su poder natural; porque las verdades que se refieren a Dios y a los hombres sobrepasan absolutamente el orden de las cosas sensibles, y cuando deben traducirse en actos y proyectarse en la vida exigen que el hombre se entregue y renuncie a sí mismo. El espíritu humano, para adquirir semejantes verdades, padece dificultad por parte de los sentidos y de la imaginación, así como de los malos deseos nacidos del pecado original. De ahí procede que en semejantes materias los hombres se persuadan de que son falsas, o al menos dudosas, las cosas que no quisieran que fuesen verdaderas» (Pío XII, enc. *Humani generis*: DS 3875).

38 Por esto el hombre necesita ser iluminado por la revelación de Dios, no solamente acerca de lo que supera su entendimiento, sino también sobre «las verdades religiosas y morales que de suyo no son inaccesibles a la razón, a fin de que puedan ser, en el estado actual del género humano, conocidas de todos sin dificultad, con una certeza firme y sin mezcla de error» (ibid., DS 3876;

cf. Concilio Vaticano I: DS 3005; DV 6; santo Tomás de Aquino, S.Th. 1, q. 1 a. 1, c.).

La posibilidad real y concreta para conocer la existencia de Dios por medio de la razón no significa que todos la alcancen, ni que no haya posibilidad de equivocarse en esa búsqueda racional de Dios. Hay obstáculos en el ambiente y en la cultura que hacen difícil ese acceso racional a Dios.

Las palabras de Pío XII subrayan que esa dificultad no es sólo de orden teórico, sino que también nace de la exigencia que surge de las verdades sobre Dios y sobre el hombre que nos hacen vivir de determinada manera: «Deben traducirse en actos y proyectarse en la vida», «exigen que el hombre se entregue y renuncie a sí mismo». No es sólo la debilidad de la razón humana o el ambiente que nos rodea, sino las propias opciones vitales las que nos dificultan encontrar a Dios por medio de la razón, porque no nos interesa encontrarlo.

Por eso, la revelación sobrenatural de Dios no sólo nos habla de lo que la razón no puede alcanzar, sino que nos manifiesta y nos confirma lo que podemos conocer de Dios a partir de las cosas creadas y de la existencia del hombre, para hacer conocer sin posibilidad de error las verdades fundamentales sobre Dios, que podemos conocer con la razón, pero que no siempre alcanzamos.

Existiendo, pues, dos clases de verdades divinas, una de las cuales puede alcanzar con su esfuerzo la razón y otra que sobrepasa toda su capacidad, ambas se proponen convenientemente al hombre para ser creídas por inspiración divina [...]

Si se abandonase a esfuerzo de la sola razón el descubrimiento de estas verdades, se seguirían tres inconvenientes.

El **primero**, que muy pocos hombres conocerían a Dios. Hay muchos imposibilitados para hallar la verdad, que es fruto de una diligente investigación, por tres causas: algunos por la mala complejión fisiológica, que les indispone naturalmente para conocer; de ninguna manera llegarían éstos al sumo grado del saber humano, que es conocer a Dios. Otros se hallan impedidos por el cuidado de los bienes familiares. Es necesario que entre los hombres haya algunos que se dediquen a la administración de los bienes temporales, y éstos no pueden dedicar a la investigación todo el tiempo requerido para

llegar a la suma dignidad del saber humano consistente en el conocimiento de Dios. La pereza es también un impedimento para otros. Es preciso saber de antemano otras cosas, para apoderarse de lo que la razón puede inquirir de Dios; porque precisamente el estudio de la filosofía se ordena al conocimiento de Dios; por eso la metafísica, que se ocupa de lo divino, es la última parte que se enseña de la filosofía. Así, pues, no se puede llegar al conocimiento de dicha verdad sino a fuerza de intensa labor investigadora, y ciertamente son muy pocos los que quieren sufrir este trabajo por amor de la ciencia, a pesar de que Dios ha insertado en el alma de los hombres el deseo de esta verdad.

El **segundo** inconveniente es que los que llegan a apoderarse de dicha verdad lo hacen con dificultad y después de mucho tiempo, ya que, por su misma profundidad, el entendimiento humano no es idóneo para apoderarse racionalmente de ella si no después de largo ejercicio; o bien por lo mucho que se requiere saber de antemano, como se dijo, y, además, porque en el tiempo de la juventud el alma, «que se hace prudente y sabia en la quietud», como se dice en el VII de los “Físicos”, está sujeta al vaivén de los movimientos pasionales y no está en condiciones para conocer tan alta verdad. La humanidad, por consiguiente, permanecería inmersa en medio de grandes tinieblas de ignorancia, si para llegar a Dios sólo tuviera expedita la vía racional, ya que el conocimiento de Dios, que haga a los hombres perfectos y buenos en sumo grado, lo verificarían únicamente algunos pocos, y éstos después de mucho tiempo.

El **tercer** inconveniente es que, por la misma debilidad de nuestro entendimiento para discernir y por la confusión de fantasmas, las más de las veces el error se mezcla en la investigación racional, y, por tanto, para muchos serían dudosas verdades que realmente están demostradas, ya que ignoran la fuerza de la demostración, y principalmente viendo que los mismos sabios enseñan verdades contrarias. Por otra parte, entre muchas verdades demostradas se introduce de vez en cuando algo falso que no se demuestra, sino que se acepta por una razón probable o sofística, reputada como verdadera demostración. Por esto fue necesario presentar a los hombres, por vía de fe, una certeza fija y una verdad pura de las cosas divinas.

La divina clemencia proveyó, pues, saludablemente al mandar aceptar como de fe verdades que la razón puede descubrir, para que

todos puedan participar fácilmente del conocimiento de lo divino sin ninguna duda o error (Santo Tomás de Aquino)[\[15\]](#).

NOTAS

[\[1\]](#) Para un análisis más exhaustivo del alcance de esta definición del Vaticano I puede leerse R. Latourelle, *Teología de la revelación*, Salamanca 1979⁴ (Sígueme), 424-425; J. A. Sayés, *Compendio de Teología fundamental*, Valencia 1998 (Edicep), 126-130.

[\[2\]](#) Puede leerse J. A. Sayés, *Compendio de Teología fundamental*, Valencia 1998 (Edicep), 118, para entender la doctrina de Lutero en este punto y que podemos resumir en estas palabras: «El hombre está totalmente corrompido por el pecado original... Siendo así, se comprende que también la razón humana esté corrompida. Por ello, Lutero arremete contra la misma, no aceptando prácticamente otro medio de conocer la verdad que la Sagrada Escritura».

[\[3\]](#) Se puede profundizar en el contenido de estos textos con el comentario de R. Latourelle, *Teología de la revelación*, 425-429.

[\[4\]](#) En este sentido es luminosa la definición de un triple conocimiento de Dios que hace santo Tomás: «El primero de los cuales se obtiene cuando el hombre, con la luz natural de la razón, por medio de las criaturas se levanta hasta el conocimiento de Dios. El segundo se logra cuando la verdad divina, que sobrepasa el entendimiento humano... desciende hasta nosotros por medio de la revelación; el tercero ocurrirá cuando la mente humana sea elevada a contemplar perfectamente las cosas que han sido reveladas» (Santo Tomás de Aquino, *Summa contra gentiles*, libro IV, capítulo 1).

[\[5\]](#) S. Pié-Ninot, *La teología fundamental*, Salamanca 2001 (Secretariado Trinitario), 165.

[\[6\]](#) M.-D. Molinié, *Adoration ou désespoir. Une catéchèse pour les jeunes... et les autres*, Chambray 1989 (C.L.D.), 62-64.

[\[7\]](#) M.-D. Molinié, *Adoration ou désespoir*, 60-61.

[\[8\]](#) M.-D. Molinié, *Adoration ou désespoir*, 64-65.

[\[9\]](#) M.-D. Molinié, *Adoration ou désespoir*, 69.

[\[10\]](#) M.-D. Molinié, *Adoration ou désespoir*, 17-19.

- [\[11\]](#) M.-D. Molinié, *Adoration ou désespoir*, 86-87.
- [\[12\]](#) M.-D. Molinié, *Adoration ou désespoir*, 70-71.
- [\[13\]](#) M.-D. Molinié, *Adoration ou désespoir*, 71-72.
- [\[14\]](#) R. Latourelle, *Teología de la revelación*, 429-430.
- [\[15\]](#) Santo Tomás de Aquino, *Summa contra gentiles*, libro I, capítulo 4.